

GEOGRAFIA Y DIDACTICA EN "OS LUSIADAS", DE CAMOENS P o r L I L L O R O D E L G O

LA doctrina entera de Séneca—este Séneca consolador del que vacila y sufre—condénsase muchas veces en un pensamiento central muy acusado: el padecer es ya señal de elegido. «Dios endurece, reconoce y ejercita a los que ama; y al contrario, a los que parece que halaga y a los que perdona, los reserva para venideros males.» Así escribe en aquel dulce tratado *De la Divina Providencia*. Juicio y palabras que nos vienen ahora, cuando con suave ánimo queremos asomarnos a ese altísimo poeta Luis de Camoens, «el Divino», como Lope le llamara. Todo en él—sueño, ambiciones, amor—suena a inaccesible y a derrota: igual que en nuestro Cervantes, soldado como Camoens, preso como él, desvalido, hermanos uno y otro hasta en nobles heridas guerreras. Parece—leyéndolos—como si el genio hubiera de hacerse así: en la maceración y en la dureza. Señala Ostwald una vez—lo leíamos en *Les grands hommes*—las notas distintivas que nos advierten, desde la infancia misma de una vida, cuándo estamos en presencia de un genio posible, de un futuro gran-

de hombre. Y es que el genio brota y florece, desde muy temprano, con insinuaciones o con formas indudables. Así, Cervantes y Camoens—cada uno en su latitud y fecundidad—, a poco que se ahonde y cale, nos aparecen como ancho río suficiente, capaz de hacerse historia y hacerse inmortalidad.

Pero, dentro de esa fina geometría de los altos espíritus, lo que más conmueve en Camoens es aquella melancolía beethoveniana de su vida caminante: soñar y sufrir, hacérsele verso la propia desventura, volvérselo emoción y caricia para la patria ancha todo aquel olvido de los hombres y aquel desamparo y aquella injusticia. «¡Ingrata patria!», llega a decir una vez, cuando parte para la India a bordo del «San Bernardo». Pero sólo es un grito. Sólo una flecha, que se le escapa del pecho cargado y herido. Luego—noble volver del ánimo fuerte—, luego pónese a cantar. Sufrir es señal de elegido, al modo que la ascética enseña. La tribulación—lo dice nuestro Padre Rivadeneyra—no es sino privilegio para una vida gloriosa y fecunda: esta de aquí abajo y, sobre todo, la otra, auténtica y última. Pero ese sufrir hácese en un espíritu superior viático y andadura. Hácese ley: nota y dimensión que a Ostwald se le escapara, y que el propio Cajal—él, transido de sinsabores en la hora primera—no advierte en sus *Reglas y consejos* con fuerza y claridad de teorema. Siéntese Camoens azotado por los vientos del olvido: envidia, encono, egoísmo. «El favorable aliento—dice a las Musas en el décimo canto de *Os Lusíadas*—que comunica mayor incentivo al ingenio, no lo da mi patria, no; porque está dominada por el infame vicio de la codicia y sumida en un abatimiento tenaz, indiferente y abyecto.» Pero él, incomprendido y triste—espíritu y finura bajo el coño adusto—,

él se da a la homérica tarea de buscar eternidad para la patria y para los hombres que la merecieran. «Bajad, señor—dice el poeta al rey Don Sebastián—; bajad hasta mí vuestras reales y benignas miradas, y veréis un nuevo ejemplo de *amor a los grandes y portentosos hechos de la Patria*, celebrados en numerosos versos.» Y refiriéndose concretamente a los hombres, escribe: «Tampoco dejarán mis versos en el olvido... al terrible Alburquerque, al fuerte Castro y a otros muchos, sobre los que no tuvo poder la muerte.»

HISTORIA Y PATRIOTISMO

Porque en todo el caudal de su bella poesía, lo que más sobrenada, sin duda, es un hondo hervor histórico. La pasión ciega de Camoens no es sino pasión de Historia. Sus líricos arrebatos—el más fino verso se le quiebra en nobles, fugitivas hipérboles—no son sino trozos de un gran himno total a la Patria amada. «Veréis—le dice al rey, refiriéndose a sí mismo—este amor patrio, no motivado por un deseo de vil premio, sino por otro más elevado y casi eterno.» Amor patrio: macizo, indesviable, recto como un alto chopo. Camoens, por eso, no perdona a Magallanes. «De suerte, hija mía—dice Júpiter a Venus—, que los lusitanos mostrarán un esfuerzo sobrenatural como jamás se había visto desde el Gangético mar hasta el Gaditano, ni desde el mar Glacial hasta el estrecho que descubrió aquel resentido hijo de Lusitania...» «Navegando a lo largo de esta costa—relata Tetis a Vasco de Gama—, que será vuestra, *Magallanes, portugués en los hechos, pero no en la lealtad*, procurará llegar a su límite meridional.» Tremenda injusticia de Camoens para aquel recio

hombre que amó a su patria, aunque no pudo soportar los desvíos y la dureza del rey Don Manuel.

Pero en el orden didáctico—a eso sólo queremos asomarnos al leer ahora *Os Lusíadas*—es indudable que pocos libros podrán enseñar a la infancia y a la juventud portuguesas una más alta lección de patriotismo. Nada mejor para templar y mover nuestras juventudes—tanto como se habla de tónicos de la voluntad—como volverlas hacia la lectura de los clásicos. Nosotros, españoles de ahora, con el rostro y ánimo mirando al Aureo Siglo, nos olvidamos, sin embargo, de aquella literatura—si queréis, ingenuamente fogosa, de cándidos arrebatos exaltadores— que cantó gestas y hombres de valor impar. El verso, para nosotros, es, en esta hora, sólo utilidad y melodía y metáfora, y así se nos escapa, se escapa a nuestra blanda sensibilidad—enferma de terciopelos y sonidos, de objetividad y deshumanización—, aquella magnífica poesía heroica del XVI y del XVII, caldeadora y noble. En *Os Lusíadas* tienen los portugueses una gran cantera didáctica aprovechable. Los versos limpios de aquel primer poeta del Portugal amado y hermano están repletos de sustancia histórica, de emoción y sentido patrióticos. De ningún tratado orgánico, de ningún libro ordenado y científico podrán allí extraer tantas lecciones de historia—una historia caliente, formativa, de abrasado amor hacia la propia alma portuguesa—como de aquel noble poema cimero y maravilloso que Camoens sintió y escribió.

También nosotros, españoles, cuando queramos templar nuestras juventudes, incluso desde el aula primaria, hagámoles leer obras y trozos de aquella épica que supo cantar la audacia navegante y descubridora de unos hombres—buscaban geografías para Dios—y supo realzar victorias y hazañas

de reyes y súbditos, desde la *Araucana*, de Ercilla, hasta la *Napolisea*, de Francisco de Trillo; desde la *Carolea*, de Sempere, hasta la *Austriada*, de Juan Rufo; desde *La Nueva México*, de Gaspar de Villagra, hasta las *Elegías de varones ilustres*, de Juan de Castellanos, y el *Nápoles recuperada*, de Francisco de Borja, y el *Carlo famoso*, de Zapata, y la *Conquista que hicieron los Reyes Don Fernando y Doña Isabel en el reino de Granada*.

LECCION DE GEOGRAFIA

En el máximo poema de Camoens, escrito entre amarguras, lejos del Portugal amado, hay aspectos que, al revés que otros de historia patria, son de más universal validez didáctica. Nos referimos, por ejemplo, a un sentido de creencia y de fe —de hondo y puro providencialismo— que sirve a Camoens para cuajar sus más emocionados versos. Y no sólo al acusar su propio espíritu religioso—«¡Oh secretos del Ser Eterno, que juicio alguno logró alcanzar!», dice el poeta, sumiso y entregado—, sino al poner en los otros, súbditos o reyes, sentimientos o palabras de católica fe. Dice al rey Don Sebastián, en el canto primero: «Y vos, bien nacida y segura prenda de la libertad lusitana; vos, de quien el cristianismo espera con razón su acrecentamiento; nuevo terror de la infiel lanza mora; portentosa maravilla de nuestra edad, que Dios concedió al mundo en que impera para que el mundo le rinda homenaje de sus victorias.» «Mi ley—hace decir a Vasco de Gama—es la de Aquel a cuyo imperio obedece todo lo visible e invisible; la de Aquel que creó los mundos y cuanto está animado o carece de alma; la de *Aquel que sufrió mil injusticias y una muerte cruel y afrentosa, y que bajó*

del cielo a la tierra para subir a los mortales de la tierra al cielo.»

Los versos de Camoens tejen la Historia al hilo de la fe, bajo el alto dedo rector de Dios. Camoens, hombre del Renacimiento, se desentiende, sin embargo, de interpretaciones naturalistas, y hace correr por su bello poema exaltador un tierno providencialismo histórico, que adoctrina y educa. La lectura de *Os Lusíadas* emociona y agrada. Pero en torno a esos zumos morales y religiosos, Camoens, entre tanto bello verso, deja escrito un tratado de Geografía. Una geografía lírica, apta, por eso, para entrar en los dominios didácticos. Toda geografía—más allá del dato riguroso—tiene un no sé qué incitante e imaginativo. Hablar de países ignotos, de lejanos astros, de océanos inabarcables, es, con toda evidencia, encender y mover la fantasía. Si alguna ciencia es capaz de poner en el ánimo infantil—también en la adolescencia y la juventud—inquietudes, ambición y quimera, no hay duda que es la Geografía la más capaz de todas.

Por eso leyendo *Os Lusíadas*—andar y andar por tierras y mares—se aviva profundamente la curiosidad geográfica. Aprender geografía entre versos y exaltaciones es ejemplo de la mejor didáctica. No importa que Camoens, renacentista y poeta, emplee viejos vocablos, alegorías, acepciones arcaicas y desusadas. No importa que la astronomía entera la cuaje con nombres de la más sutil mitología. Así, a un mismo astro denomínale con palabras diversas. Al Sol, por ejemplo, le llama *Apolo*, y *Febo*, y, claro, *Hiperionio*, y *Ojo del Cielo*, hijo de *Latona*, etc.; a la Luna la llama *Diana*, hermana del Sol, habitadora del primer cielo, etc. Ese arcaísmo y ese aludir a temas de vieja cultura, dan al relato—si está hecho con

la cimera maestría de Camoens—una seducción mayor, que incita, didácticamente, a quien lo lee.

Creemos, por eso, que el gran poema de Camoens puede servir, entre tantas otras cosas, como página geográfica—esbozo de geografía, claro es, bello esquema de tierras y mares en el siglo XVI—, de la que un día pueden extraerse alegorías y versos para ese gran tratado, por escribir aún, de geografía lírica hecho con trozos literarios, desde el Dante hasta Torcuato Tasso, desde Milton hasta Cervantes, sin olvidar nuestra gran novela picaresca, que, en el fondo, es novela de geografía; quiero decir de paisajes y hombres, tierras y mares. Poner en la didáctica un poco de poesía y hasta de misterio es buen recurso para el interés y la eficacia. Y eso lo llena sobradamente la obra de aquel dolorido poeta, enamorado de su patria, que se llamó Camoens.

ASTRONOMIA POETICA

En *Os Lusíadas*, verso a verso, léese una narración entera del Universo; tal como concebíase entonces, claro es: al modo del gran soñador Tolomeo. Todo el canto décimo, donde describe ya Camoens el retorno a la patria, está forjado entre alusiones geográficas. Pero en este aspecto de la astronomía hay, además, un tratado, un completo libro de texto. Cielo a cielo, según la concepción tolomiana, va cantando el poeta la arquitectura del Universo, «a grande machina do mundo», como dice en la estancia LXXX. Primero, el «cielo empíreo», el de los bienaventurados, que es el que inscribe y abarca a todos los demás. Luego, el «primer móvil». Después, el «cielo cristalino». Debajo, el alto octavo cielo, el firmamento, donde destaca el gran Zodíaco, «o largo

cinto d'ouro», como Camoens define. Y así, uno a uno, con precisión y nomenclatura, pinta la totalidad de mundos: el cielo de Saturno, el de Júpiter, el de Marte, «*Marte abaixo, bellico inimigo*»; el del Sol, «*o claro olho do ceo no quarto assento*»; el de Venus, «*que os amores traz consigo*»; el de Mercurio, «*de elocuencia soberana*», y el de la Luna, que cuenta de este modo: «*con tres rostros debaixo vai Diana*».

En el centro de todos coloca Camoens la Tierra, rodeada, como Tolomeo concibe, de diversos elementos: el fuego, el aire, el viento, la nieve. En ese centro está la morada de los hombres, «*posada dos humanos*», como gráficamente explica.

No hay que decir la delectación con que el poeta, viajero de anchos mares, describe las estrellas y las formas y figuras—constelaciones—que ellas hacen. Parece que se le recrean el alma y la retina diciéndolas una a una: el «Carro», la «Osa Menor», «Cefeo»—*Andromeda e seu pai, e o Drago horrendo*—, «Orión», *e do Oriente o gesto turbulento*, el «Cisne», la «Liebre», los «Canes», la «Nave», la «Lira». Y así, Camoens, viajero de océanos, es, en *Os Lusíadas*, fino cantor de la noche: la noche tranquila, cuajada de soles, del canto primero («*Da lua os claros raios rutilavam—Pelas argenteas ondas Neptuninas;—As estrelas os ceos acompanhavam,—Qual campo revestido de boninas;—Os furiosos ventos repousavam—Pelas covas escuras peregrinas*»); o la noche en tormenta, furiosa y temible, con los vientos desatados, del canto sexto («*Agora sobre as nuvens os subiam—As ondas de Neptuno furibundo;—Agora a ver parece, que desciam—As intimas entranhas do profundo:—Noto, Austro, Boreas, Aquillo queriam—Arruinar a machina do mundo*»). Siempre la noche en tormenta, gran tragedia del que navega,

quédasele a Camoens en el alma, y va dándola a lo largo del poema en recias pinceladas dramáticas.

La noche y el día, en todas sus fases, corren por el verso de Camoens. El crepúsculo de la tarde, puerta y vestíbulo de la noche, tiene en el poeta bellas insistencias. Y así la media noche, el amanecer, el día, etc. De igual modo, en las más alegóricas formas, va pintando las estaciones. Por ejemplo, dice de la *Primavera* en la estancia LXXII del canto segundo: «Era el tiempo alegre en que la luz fébea se acercaba al raptor de Europa, y en que Flora derramaba sobre la Tierra el abundante cuerno de Amaltea, y el presuroso Sol...» Describe el *Verano*, en la estancia XXVII del canto cuarto, de este modo: «Era en la calurosa estación en que Ceres deja los frutos a los labradores en las eras; en que el Sol entra en Astrea (Virgo) en el mes de agosto, y Baco extrae el dulce jugo de las uvas.»

CONTINENTES Y PAISES

El mapa que Camoens dibuja abarca una geografía extraordinariamente extensa. Pero no sólo acusan sus versos vagas o poéticas alusiones, sino que, dato a dato—montes, mares, ríos, pueblos—, va pintándonos la entera descripción del mundo. Así sucede cuando habla de *Europa* en el canto tercero. Incluso señala los límites, con escueta precisión de libro de texto: «Entre la zona que domina el Cáncer, meta septentrional del luciente Sol, y aquella, tan rigurosa por lo fría como la del centro por lo ardiente, se extiende la soberbia Europa, a la que rodean las saladas ondas del océano por la parte de Arturo y de occidente, y el mar Mediterráneo por la Austral.» Así, de modo análogo, van los versos de Camoens, a lo largo del poema, dándonos un poético mapa del mundo.

«Asia começa aqui que se apresenta—En terras grande, en reinos opulenta», escribe el poeta en el canto décimo. Y a continuación, con geográfica minucia, va dando países, ciudades, montes y ríos asiáticos. La descripción de *Africa* es interesantísima y minuciosa. Sobre todo en el canto quinto. Países, costas, islas, todo va Camoens poniéndolo en boca de Gama, que cuenta al rey de Melinde el largo viaje de los portugueses. En cuanto a *América*, he aquí textualmente una estrofa de *Os Lusíadas*, del canto décimo:

*Vêdes a grande terra, que continua
Vai de Callisto ao seu contrario polo.
Que soberba a fará a lyzente mina
De metal que a cor tem do louro Apollo:
Castella, vossa amiga, será dina
De lançar-lhe o colar ao rudo collo;
Varias provincias tem de varias gentes,
Em ritos e costumes diferentes.*

Camoens, luego, va tratando con detalle diversos países: Etiopía, India, Italia, Arabia, etc. A España, además de otras numerosas alusiones, le dedica en el canto tercero una descripción geográfica, donde refiere los pueblos diferentes que la forman, con algunos de sus rasgos psicológicos: el *tarracónense*, «que se fez claro sujeitando Parthenope inquieta»; el *navarro*, el *astur*, «que reparo ja foram contra a gente Mahometa»; el *gallego*, «cauto»; el *castellano*, «grande e raro», «a quem fez o seu planeta restituidor de Hespanha e senhor d'ella, Betis, Leão, Granada, com Castella».

CIUDADES, MARES Y RIOS

A muchas grandes ciudades del mundo dedica Camoens certeras alusiones exaltadoras. Dice de *Toledo* en el canto cuarto: «No faltañon los que habitan el reino de Toledo, ciudad noble y antigua, rodeada por las corrientes del suave y alegre Tajo, que tiene su origen en las sierras de Cuenca.» Refiere de *Sevilla* en la estancia IX: «Los vándalos, fiados en su tradicional valor, se reúnen en la capital de toda la Andalucía, bañada por las aguas del Guadalquivir.» He aquí lo que cuenta de *Cádiz*: «También se aprestan los hijos de la noble isla que los tirios habitaron en otro tiempo, llevando en sus banderas por insignia las columnas de Hércules.» A *Ceuta* la llama «a forte Ceita». A *Túy*, la «soberbia Túy». Entre las ciudades portuguesas destaca el poeta a *Belem*, *Evora*, «a nobre cidade, certo assento do rebelde Sertorio antiguamente»; *Cintra*, «a fría Sintra»; *Santarem*, «sempre ennobrecido Scalabicastro, cujo campo ameno tu, claro Tejo, regas tão sereno». Entre todas ellas, dos retienen con afecto la pluma de Camoens: *Oporto*, «la noble ciudad donde, según es fama, tuvo origen el nombre eterno de Portugal», y, sobre todo, *Lisboa*, «nobre Lisboa, que no mundo — facilmente das outras és princesa, — que edificada foste do facundo, — por cujo engano foi Dardania accesa». Para muchas otras ciudades del mundo tiene Camoens alusiones y adjetivos.

Y eso mismo sucede con los mares. Y no hay que decir que con los ríos. Los ríos son la predilección de Camoens. Cuando tiene que centrar y situar una ciudad, hácelo siempre en función de su río. Desde el *Ganges* al *Tiber*, desde el *Eufrates* al *Indo*, desde el *Mondego* al *Muluca*, al *Miño*, al

Guadiana, al Duero, al Nilo, etc. Es natural que el río que más reiteradamente anota Camoens sea el *Tajo*. Para el Tajo tiene múltiples y bellas alusiones. Y así, le llama «ameno Tajo» (canto primero, XXV, y canto tercero, LVIII); «suave y alegre Tajo» (canto cuarto, X); «vacilante Tajo» (canto cuarto, XXVIII); «dulce Tajo» (canto cuarto, LXXXIV); «claro Tajo» (canto quinto, III). Todos los adjetivos va aplicándoselos: lejano, caudaloso, etc.

